

Entramos en una época donde la Independencia de República Dominicana va a provocar también la necesidad de construirse e inventarse como nación (revisen últimas diapositivas que les entregué: los trinitarios). Para ello, vamos a ver cómo para llevar esa nación a cabo, se va a tener que buscar un enemigo, en este caso Haití.

El manifiesto y la creación de lugares comunes frente a Haití

Fue durante el período de la unificación con Haití (1822 a 1844) cuando se dieron las condiciones y los elementos que permitieron el surgimiento de un colectivo nacional y la proclamación de una separación duradera que dio paso a la constitución del Estado y la formación de la República Dominicana. A pesar de su importancia, este período ha sido poco estudiado. La mal llamada “Dominación haitiana” tiene apenas unas cuantas monografías dedicadas exclusivamente al período. Las interpretaciones sobre los 22 años de unificación y las guerras posteriores contra Haití suministraron los insumos de los que se nutrió la formación del “otro o del enemigo” que sería parte constitutiva del surgimiento de la identidad nacional dominicana y en los cuales se fundamentó el antihaitianismo dominicano. Es por ello que proponemos un análisis de cómo se realizó la reconstrucción histórica de estos hechos, en los cuales para que naciese República Dominicana, era necesario establecer un enemigo: Haití. Para que ello fuera así, el siglo XIX tuvo por lo menos tres poderosos motores: los religiosos, los literarios y los historiadores.

En 1844 hubo un consenso a favor de la separación de Haití, esta idea fue rápidamente nutrida por las ideas generadas por unas élites dirigentes (los poderosos dominicanos) que necesitaban proteger su posición política y privilegios. Durante todo el siglo XIX el pueblo dominicano fue en su inmensa mayoría iletrado (analfabeto), por lo que tenía escaso acceso a las publicaciones escritas de su época, aun así era influenciado por los letrados (gente que sí sabía leer) quienes ayudaron a construir su visión histórica e identitaria imponiendo sus ideas. La oralidad jugó un papel básico en la transmisión de información a través de las proclamas, discursos, los sermones y sobre todo la conversación cotidiana e informal. Así, en 1851 un viajero inglés pudo decir que “El pueblo dominicano expresa en un lenguaje vago (sin ser concreto, solamente lo que oyen, sin saber realmente) los cargos formulados contra Boyer y contra el gobierno haitiano”.

La oralidad tuvo su reflejo en una serie de documentos con los que tratamos de seguir el camino de creación de unas ideas históricas comunes sobre Haití ¿Cuáles fueron esos documentos que permitieron reconstruir las relaciones con Haití y parir una visión de los vecinos que ya empezaba a ser interiorizada por la población? Quizás la “Manifestación de los pueblos de la parte del Este de la Isla antes Española o de Santo Domingo, sobre las causas de su Separación de la República Haitiana, del 16 enero 1844” fue lo primero elaborado con relación a Haití que tuvo un impacto fundamental en las conciencias dominicanas. Durante las primeras décadas tuvo una amplia difusión y fue citado constantemente en arengas y documentos posteriores. El *Manifiesto* cumplió tres funciones: hizo un balance histórico, presentó un conjunto de acusaciones y reclamos frente a Haití y,

finalmente, sirvió como declaración de principios y proyecto político de la naciente república.

En esta triple condición, el manifiesto –aunque en nombre del colectivo dominicano– era también a fin de cuentas la posición de un sector de las élites de Santo Domingo (de los poderosos). Se ha debatido ampliamente la autoría del documento y hoy hay bastante consenso de que el mismo fue redactado por Tomas Bobadilla, funcionario capitalino siempre vinculado al ejercicio del gobierno de turno, fuera España, Haití o la naciente República Dominicana.

El manifiesto, del 16 de enero de 1844, señaló las razones básicas que justificaron la separación de Haití: la migración de la “flor de las familias” (es decir, las familias más ricas y poderosas), el pago de la deuda con Francia, la imposición del idioma francés y el maltrato a la religión católica. Todas ellas falsas, sobre todo la deuda con Francia fue solamente para las clases más pudientes, el idioma francés no se impuso a la sociedad sino solamente en los documentos formales de la administración, y la religión católica no se prohibió, sino que sobre todo se le quitaron tierras de cultivo con las que ganaba dinero en contra de los campesinos.

El documento fue especialmente sensible con la propiedad: “redujo a muchas familias a la indigencia, quitándoles sus propiedades para reunir las a los dominios de la República”, “despojó las iglesias de sus riquezas”, “dejó caer en total ruina los edificios públicos”, “para dar a sus injusticias una apariencia de legalidad, dictó una ley, para que entrasen en el Estado los bienes de los ausentes”, “prohibió la comunidad de los terrenos comuneros”.

Los argumentos fundamentales atañen a los sectores propietarios (hateros), pero evidentemente no expresan el sentir de los beneficiados con las reparticiones de tierras (los campesinos, los más pobres). Se habla de que se “debía gozar sin restricciones de todos los derechos y prerrogativas”, pero no se dice cuáles eran estos derechos y prerrogativas que no se habían otorgado. De nuevo, los poderosos dominicanos estaban mintiendo para que no se les quitase su riqueza y que esta fuese dirigida a solucionar los problemas de los pobres.

El 25 de abril de 1844 circuló el impreso titulado “El Eco Dominicano” firmado anónimamente por “Un dominicano”. En él se dieron las primeras noticias públicas de la guerra contra Haití, pero además se enumeraron las acusaciones contra el régimen haitiano. Se repitieron con un lenguaje más encendido lo que ya se había dicho en el manifiesto: la persecución de los “hombres ilustres”, la supresión de los “establecimientos científicos”, la violación de los “derechos de propiedad”, la profanación de la “religión”, “sin dejar a los desgraciados habitantes del Este otro patrimonio que la mendicidad e ignorancia, el oprobio de su esclavitud”.

En el contexto de las ideas, en medio de una sociedad no letrada (analfabeta, que no sabían ni tenían educación), no puede subestimarse el papel jugado por los hombres de iglesia. Su función social y sus prédicas cada domingo debieron tener una considerable influencia en la población. La iglesia y sus dirigentes, tan amigos de los poderosos y ricos dominicanos, defensores de la riqueza que les daban sus

tierras de cultivo, con su prestigio popular y su espacio natural de congregación de la población, tuvieron un papel central en fijar ciertas ideas y dar vigencia al tema haitiano. De esta manera se construyó el balance general de la unificación destacándose unas ideas concretas.

La situación de guerra frente a Haití se prolongó desde 1844 hasta 1856, produciéndose en este espacio de tiempo cuatro campañas resultado de los intentos de los gobiernos haitianos por recuperar la parte Este. El constante estado bélico (constantes guerras) cuando se hacía necesario reafirmar la débil república y convencer de la idoneidad del proyecto independentista, marcó la pauta de construcción del imaginario colectivo frente al enemigo. Para Frank Moya Pons fue en este momento cuando surgió el “antihaitianismo de Estado”, pues se hizo uso de “la memoria colectiva, de los temores de la guerra y de los horrores de las matanzas de principios de siglo, y convirtió esa memoria en material de propaganda de guerra para sostener vivo el espíritu de guerra dominicano”. Igualmente la inminente guerra contribuyó a desplazar los conflictos internos (los problemas de un propio país internos) y facilitar la unidad y el establecimiento de una lógica autoritaria justificada por el peligro bajo el que vivía la república. Las enormes ventajas de las que gozaron los presidentes dominicanos hallaron su justificación en la terquedad de los dirigentes haitianos en recuperar por la vía armada la República Dominicana. De no haberse producido tales eventos, es posible especular que las relaciones entre ambas naciones hubieran estado marcadas por otra tónica y, en consecuencia, hechos posteriores que implicaron posiciones e intereses comunes hubieran ayudado a ser más positivos en los vínculos de ambos países.

Las vírgenes de Galindo: un ejemplo de mentira histórica frente a Haití

Tocamos el caso de las vírgenes de Galindo que probablemente es uno de los hechos asociados a la unificación con Haití más conocidos y referidos.

El 29 de mayo de 1822 se produjo el asesinato de la familia Andújar, en el paraje de Galindo. Fue especialmente tremendo por la violación y muerte de las tres hijas de esa familia, crimen que fue atribuido a militares haitianos. Quizás la primera referencia post separación la hizo el arzobispo Portes en su primera Carta Pastoral en julio de 1844 en la que clamó “¡Qué horror! ¡Qué atrocidades cometidas contra un pueblo desarmado!” señalando especialmente el asesinato de las vírgenes de Galindo. En 1860 Félix María del Monte publicó un romance al que tituló “Las vírgenes de Galindo o la Invasión de los haitianos sobre la parte española de la isla de Santo Domingo”. Del Monte equiparó la violación y muerte de las niñas Galindo con el período de unificación con Haití.

Ya en el siglo xx Emilio Rodríguez Demorizi, en una apretada cronología contenida en *La guerra dominico-haitiana: documentos para su estudio*, entre los hechos relevantes optó por destacar este evento así: “Soldados haitianos cometen el vandálico hecho de violación y muerte de las llamadas vírgenes de Galindo, en

las inmediaciones de la ciudad de Santo Domingo”. De esta forma el horrendo crimen quedó perpetuado como dato histórico y en la creencia colectiva, asociado indisolublemente al período haitiano. No se destaca que hubo un proceso criminal y una sentencia judicial contra los culpables, que a pesar de “las sospechas muy fundadas” señaladas por García, los documentos sobre este caso, publicados en el *Boletín del Archivo General de la Nación* en 1953, muestran que los implicados en realidad eran de origen español y, finalmente, que en los 22 años de vida unificada no se produjeron nuevos hechos similares. Es decir, nada que ver con los haitianos.

A partir de 1856, año de la última guerra con Haití, nuevos avatares y amenazas ocuparon las energías dominicanas y desplazaron parcialmente el tema haitiano. A través de la discusión de la demarcación fronteriza Haití recuperó visibilidad en los albores del siglo xx. La República Dominicana tuvo un importante liderazgo mulato y negro en el siglo xix que hasta incluyó un presidente de origen haitiano, Ulises Heureaux, hecho que no se repetirá en el siglo xx, caso José Francisco Peña Gómez.

En el siglo xix hubo posibilidades de superar el periodo histórico con nuestros vecinos. Fue la dictadura de Trujillo (1930-1960) la que hizo ascender el antihaitianismo como política de Estado y el activo papel de los intelectuales, lo que cambió la situación y bloqueó en gran medida el acercamiento y convivencia positiva entre ambos países.

El recuento histórico hecho hasta ahora puede ayudar a comprender cómo se construyó en el imaginario colectivo de “la dominación haitiana” y con ella “el otro”, para alcanzar la consolidación del “nosotros” dominicano. La percepción de “el otro” haitiano no ha sido igual en todas las épocas, sus características e intensidades han variado a través del tiempo, influidas por las coyunturas políticas, sociales y económicas. La persistente intención de recuperar la parte Este por los dirigentes haitianos facilitó a la República Dominicana la obtención de legitimidad hacia dentro y hacia fuera. También contribuyó a la recreación de un discurso antihaitiano como elemento constitutivo del canon nacionalista. Pero el recorrido realizado en el presente trabajo también señala momentos de superación de ese discurso, a través de experiencias solidarias, generalmente vinculadas a pensadores de la esfera “liberal” que controlaron el Estado en las últimas décadas del siglo xx. Hoy más actual que nunca se invita a la reflexión y al cuestionamiento de las fundamentaciones históricas en las que parecen sustentarse las relaciones con Haití.

Las inquietudes de 1943 se han visto confirmadas y es necesario continuar desmontando el andamiaje antihaitiano y racista que distintas generaciones de políticos, intelectuales y militares han construido y reforzado a través del tiempo. Comprender en su adecuada medida los hechos históricos debe contribuir a aclarar puntos oscuros, superar traumas, si existen, y viabilizar una relación saludable con el pasado, que no bloquee nuestra convivencia presente y futura.